



con un
fruto
perfectamente
impuro

PABLO NERUDA

La habitación es amplia, compleja. Gran parte de su suelo está invadida por una gama sustanciosa de volúmenes de índoles diversas. Algunos nuevos, semiabiertos, dejan entrever el suave ser de su tipografía moderna. Los hay de pastas amarillas, centenarias, carcomidas por los sueños. Otros se derraman desmantelados, mudos, elocuentemente ajados, redivivos. Todo el sabor de innumerables mentes, desperdigado, esparcido como la broza de la ola antigua. Pretensión inamovible. Aura forjada escalando letra a letra la madera, sobornando el mate gris de la tarima, el rojo desconchado de la alfombra, de los muebles exóticos.

Entre los libros, piedras de variadísimos colores, marinas y terrestres, conchas singulares, caracolas multiformes, prodigiosas. Materia exacta moldeada por el tiempo, por la sal, por un fluido gigantesco de mareas... Todo es azul en el entorno. Un aleteo de olas, de espumas sin matices necesarios, golpea lentamente las paredes. En el aire se adivina el llanto de las algas, la brisa salobre del océano. Una luz difusa y esmeralda estalla sobre los zócalos, absorbe las aristas de la estancia, guía el alma indescifrable del acantilado entre pequeños cuernos de narvales que penden de cadenas diminutas. Desde el techo se proyectan símbolos fálicos, llantos desnudos y una estrella blanquísima y perdida.

El sol traspasa el ventanal, escribe signos de cristal sobre la mesa. Telegrafía su sed a la madera mientras crea una crisálida de fuego. Una mano, la de Nefalí Ricardo Reyes Basoalto, descansa, como pétalo extenuado, sobre la rosa encendida del recuerdo. De repente, de un manotazo, sencillo pero exacto, llega hasta nosotros el sonido, la voz abierta de las gentes, el vaivén gangoso de los niños, la desenfrenada espereza del pescador, variados tonos de gritos femeninos, finos, matizados, agresivos... Luego, las ruedas, los motores, el trasiego de mercaderías y unos tañidos lejanos de campanas, como explosiones cercadas, reprimidas.

Lentamente acerco una botella:

- ¿Una copa?
- Si es bueno el vino...
- Jerez.
- Vale.

Un pequeño chorro de oro cae en las dos copas. Neruda paladea. Me hace un guiño y lleva nuevamente la copa hasta sus labios.

- ¿Dónde aprendiste a apreciarlo tanto?
- En el mismo lugar en que inicié mi llanto subterráneo. A la misma latitud de todos los océanos que han elaborado tenazmente la nítida resaca de mi alma.
- En esa latitud, ¿duele ser hombre?
- Lo justo solamente.
- ¿Lo justo para ser un buen poeta?
- Lo justo para amar la poesía. Para tomarla en su nivel.
- ¿No has ido demasiado lejos en tu canto?
- ¿Es eso un delito?
- Podiera serlo a la vista de ciertos señores.
- Todos los ojos que han producido efectos en mi corazón han sido femeninos. No me preocupan los señores y mucho menos su vista. Ese es asunto de oftalmólogos, no de poetas.
- En serio, Pablo, ¿no has cantado excesivamente al comunismo, a los comunistas...?
- Creo injusto que me acusen de eso. Quizás el contacto con mi pueblo, con la gente que sufre, que trabaja, el hecho de haber compartido su lágrima, su pan escaso, su dolor colmado, el haber presenciado de muy cerca las mutilaciones de la libertad haya influido de forma manifiesta en mis poemas, habida cuenta de mi torpeza expuesta a todo lo largo y ancho de mi vida. El viento malo, qué duda cabe, hace que el junco se incline al otro lado, que no necesariamente es el mejor, pero que es siempre el obligado. De todas formas, creo que tengo un pecho dado y un corazón sinceramente comunista. Y si a algo he cantado con exceso, ese algo ha sido el hombre. Si algo he pretendido al ejercer la poesía, ha sido dignificarla como oficio. Llegar con él al hermano, extender la palabra y compartir con ella la nostalgia, la duda, la alegría. Procurar al hombre de su abatimiento, aunque quizás, en la mayoría de los casos, no haya logrado otra cosa que contagiarle el mío.
- ¿Crees que la poesía apacigua el hambre?
- Cuando menos, puede librar al corazón, en parte, de las penurias que aporta un mal trago, un mal salario, una mentira... Y será siempre un medio más de lucha.
- Hay en Neruda excesiva lucha y excesivas vivencias ¿no?
- Eso nunca es excesivo. Pero tampoco me quejo.



—También mucho enamoramiento. Josie Bliss, Delia del Carril, Matilde Urrutia... ¿Qué aportan? ¿Qué se llevan?

—Aportan sexo, horas de ternura, caricias verdes y besos amarillos, amor, estancias compartidas... Rozan como la ola la arena de la playa, como el empuje bravío el arrecife. Se llevan un poco y un mucho de Neruda, corazón, jadeos, esencias redimidas, palabras. Y, sobre todo, dibujan al poeta, le dan el viento preciso, la circunstancia, el espacio necesario. Se llevan, muchas veces... el poema.

—Neruda social, humano, luchando por los obreros, por los mineros que recorren la espuma callada de las galerías, las duras arterias de los bosques, de las fábricas, de los pantanos. Neruda romántico, entrañablemente, visceralmente romántico. ¿No hay mucho de Bécquer en Neruda, de Bécquer puesto al día?

—Puede.

—Pablo, España... ¿Tan en el corazón?

—¿Se duda? Tanto tiempo compartido con Hernández, Alberti, Cernuda, García Lorca, Aleixandre y tantos otros. Tanta poesía de por medio. Contando incluso con la ingenuidad agresiva del místico de Moguer. ¿Podía ser de otra forma? ¿Podía ser con tanto pueblo? ¿Con tanta tierra madre a las espaldas? Están también aquellos días trágicos, su procedencia, las circunstancias, el humo que tapó la luz de tanto verso, de tanta esperanza encumbrada. Fue una de las páginas más importantes y trascendentales de mi vida.

—Ha resuelto Neruda el misterio? ¿Ha llegado a Dios?

—En Dios no hay misterio. El misterio está en el hombre. El lo crea, lo transforma, lo segrega.

—¿Entonces...?

—He dicho algunas veces, que hay que explorar la cavidad del mineral escondido en las entrañas de la tierra. Mi poesía intenta ser parte material del Universo. Cuando escribo, voy por enormes galerías submarinas que comparto con Dios. Con mi misterio.

"... a mi edad debo declarar/ otros caminos incesantes:/ la transformación de las olas/ la veracidad del silencio."

—¿No sería más correcto permanecer callados?

—Eso significaría tanto como dar razón de fe al inmovilismo. El hombre debe intentar salir de él por todos los medios a su alcance. Y el poeta usa del medio más eficaz de su oficio: la palabra.

—En uno de tus poemas te defines como un pequeño profesor que da lecciones de luz a la tierra. ¿Es ése el deber del poeta?

—Creo que es su deber y al mismo tiempo el vértice máximo de su proyección.

—¿Tanta importancia tiene la palabra?

—Sí, por venir de donde viene.

—¿De dónde viene?

"... Más lejos y más cerca/ aún, aún venía/ de padres muertos y de errantes razas,/ de territorios que se hicieron piedra,/ que se cansaron de sus pobres tribus,/ porque cuando el dolor salió al camino/ los pueblos anduvieron y llegaron/ y nueva tierra y agua reunieron/ para sembrar de nuevo su palabra./ Y así la herencia es ésta:/ éste es el aire que nos comunica/ con el hombre enterrado y con la auro-ra/ de nuevos seres que aún no amanecieron."

—Poesía es, pues, comunicación.

—Poesía es siempre eso y algo más.

—¿Misterio?

Neruda apura la copa, da media vuelta y con un adiós significativo se introduce en el océano del tiempo. Un oleaje de silencio rompe la costa de horas transcurridas. Pienso en Neruda como en el poeta auténtico, con pleno poder y potestad, para definir su oficio y sus deberes:

"Así por el destino conducido/ debo sin tregua oír y conservar el lamento marino en mi conciencia/ debo sentir el golpe de agua dura/ y recogerlo en una taza eterna/ para que donde esté el encarcelado,/ donde sufra el castigo del otoño/ yo esté presente con una ola errante,/ yo circule a través de las ventanas/ y el oírme levante la mirada/ diciendo: cómo me acercaré al océano?/ Y yo transmitiré sin decir nada/ los ecos estropeados de la ola,/ un quebranto de espuma y arenales,/ un susurro de sal que se retira,/ el grito gris del ave de la costa./ Y así, por mí, la libertad y el mar/ responderá al corazón oscuro."

Pablo GONZALEZ DE LANGARICA